

EL DIÁLOGO ABRE FRONTERAS: LA EXPERIENCIA DE LOS JÓVENES DE LAS COMUNIDADES ÁRABE Y JUDÍA EN CHILE

*THE DIALOGUE OPENS BORDERS: THE EXPERIENCE OF YOUNG
PEOPLE IN THE ARAB AND JEWISH COMMUNITIES IN CHILE*

Por: **Lorenzo Agar Corbinos**

Recibido: 9 de junio de 2014 - Aprobado: 10 de febrero de 2015

RESUMEN

Chile ha sido elegido como destino migratorio por diversos grupos humanos. Entre ellos, un importante número de inmigrantes árabes y judíos, cuyos descendientes forman hoy parte activa de la sociedad chilena. El aporte cultural de los inmigrantes y descendientes ha impactado positivamente en el desarrollo del país. Este artículo presenta una experiencia pionera de diálogo entre jóvenes descendientes que integran la comunidad árabe y judía en Chile. En el contexto de una sociedad cada vez más multicultural, se hace relevante revisar las interacciones entre grupos de distinto origen. El objetivo de esta iniciativa de diálogo entre jóvenes de ambas comunidades, ha sido generar una instancia comunicacional, como una primera experiencia en la formación de una sociedad más abierta, integradora y respetuosa de la diversidad. Ambas comunidades, más allá de sus diferencias, tienen historias de vida comunes que permiten dar ejemplos de convivencia y diálogo. Un punto esencial en la metodología ha sido la de reforzar la mirada cultural por sobre la ideológica. Estamos convencidos que dar a conocer y promover este tipo de experiencias, ayudará al reconocimiento de la necesidad del diálogo intercultural con miras a aumentar los grados de cohesión social y respeto por los derechos de todos los grupos humanos.

Palabras claves: Migraciones, comunidad árabe y judía, diversidad, cohesión social, diálogo intercultural.

ABSTRACT

Chile has been chosen as a migratory destination for several groups. Among them, a number of Arab and Jewish immigrants, whose descendants today are active members of Chilean society. The cultural contribution of immigrants and their descendants has positively impacted the country's development. This paper presents a pioneering experience of dialogue between young of both communities. In the context of an increasingly multicultural society, it is important to review the interactions between groups of different origin. The objective of this initiative for dialogue between young people has been generating a communication instance, as a first experience in the formation of a more open, inclusive and respectful of diversity society. Both communities, beyond their differences, have stories of life that allow give examples of coexistence and dialogue. An essential point in the methodology has been strengthening cultural glance over the ideological. We are convinced that publicize and promote this type of experience will help the recognition of the need for intercultural dialogue in order to increase the degree of social cohesion, respect for all human rights groups.

Keywords: Migration, arab and jewish community, diversity, social cohesion, intercultural dialogue.



Foto: Melissa Herazo Bustamante

Presentación

Todo movimiento migratorio implica movilidad espacial, pero no todo movimiento en el espacio significa migración. De hecho, el fenómeno de la movilidad territorial es permanente y nos acompaña en nuestra cotidianidad. El hombre urbano, y sobre todo el que habita en las grandes ciudades, debe aprender a vivir moviéndose e interactuando

con diversas sensibilidades: sexuales, etarias, costumbristas, comunitarias, entre otras. Varias horas al día nos movemos en dicho contexto urbano, de miradas inquietas, de fragancias varias y riesgos inminentes (Agar, 2005). La movilidad espacial no sólo es física sino que también, y este cambio lo debemos – ¿lo adeudamos?– a la sociedad global. Gracias a las modernas comunicaciones y redes sociales hoy disponemos de enormes posibilidad de trasladarnos mentalmente desde un escondido barrio de nuestra ciudad, que quizá apenas reconocemos, hacia lugares fuera de nuestras referencias cognitivas o culturales.

La movilidad se asocia con la dispersión. La dispersión con la segmentación. La segmentación con la diversidad. La diversidad con la cohesión. Sentirse marginado de la sociedad en cualquiera de sus formas es una de las causas de hacerse, o sentirse, extranjero – ya sea en el interior de las fronteras nacionales o residiendo como inmigrante en un lugar distinto al del nacimiento – ¹ Así, movilidad y migración, sin significar lo mismo, se encuentran impregnados del mismo fenómeno humano: la atracción – por necesidad, obligación o deseo – de acercarse a otros espacios mentales o espaciales.

En la migración física estamos en presencia de un estado de ánimo, vinculado al hecho de moverse en el espacio, cambiando por motivos derivados de fuerzas externas o internas, el lugar de vida habitual. El movimiento migratorio forma parte de nuestra naturaleza misteriosa y profunda.

Cuando somos concebidos, iniciamos un proceso cuyo destino es salir del ambiente natural que nos acoge por alrededor de nueve meses. Estamos cómodos y recibimos atención a todas nuestras necesidades. Pero queremos salir. Queremos y debemos emigrar hacia lo desconocido. El ambiente de acogida es incierto y nos es difícil y doloroso salir de ese ambiente protegido, arrancar de nuestras raíces. Al llegar al nuevo ambiente iniciamos la lucha por acomodarnos al nuevo entorno. Ésta es la primera etapa. La que ocurre bajo cualquier circunstancia. Luego viene la adaptación: la familia, el contexto afectivo y material, que ya marca una diferencia dependiendo de sus características. Si este nuevo entorno difiere de nuestro mundo sensitivo conocido, será un proceso complejo y difícil.

Un último proceso acarrea una polaridad: por un lado la opción de la aculturación, proceso mediante el cual el individuo adopta la cultura de acogida como propia, renegando en gran medida de la primigenia y, por otro,

el rechazo a la nueva sociedad y la auto marginación. En medio se encuentra la vía de sincronizar los valores esenciales de la cultura de origen, con una inserción al menos funcional en el nuevo ambiente de vida. Esto se produce cuando el individuo es capaz de expresarse afectivamente en su nuevo espacio.

Incluso hoy en día se habla de “retnización” de las nuevas generaciones de descendientes. Este fenómeno se está viendo con fuerza en algunos países de Europa. También hemos podido apreciarlo en Chile y en particular en los jóvenes con raíces árabes y judías de descendientes de la tercera y cuarta generación (Agar, 2006).

Introducción

Este artículo presenta en forma sucinta una experiencia pionera de diálogo entre jóvenes de la comunidad árabe y judía en Chile. Llevada a cabo entre los años 2007 y 2008. Vital resultó el apoyo del colegio Instituto Hebreo y el Colegio Árabe de Santiago quienes apoyaron con entusiasmo esta iniciativa.

Previo a mostrar algunos de los resultados de esta experiencia, parece adecuado hacer una breve reflexión respecto del innegable aporte de los inmigrantes que llegaron a nuestro país durante el siglo XIX y primeras décadas del siglo XX, y el actual ímpetu inmigratorio que se observa desde el retorno de la democracia en 1990 y en particular en los últimos años, en los cuales Chile se ha posicionado como uno de los países de mayor atracción migratoria de Latinoamérica. A su vez, colocaremos el diálogo de jóvenes en el contexto de la necesidad de comunicación intercultural en el mundo globalizado, y particularmente en el caso de Chile, nación que se ha caracterizado por tener una visión de sí misma con una fuerte representación de sí misma como una nación culturalmente homogénea, más allá de las evidencias antropológicas y sociológicas de una estructura social multicultural. (Agar, 2011).

Es en este contexto que se hace relevante analizar las interacciones culturales entre grupos comunitarios de distinto origen. De ahí la idea de profundizar en dos importantes colectividades que han hecho grandes aportes al desarrollo de Chile y que, junto con sus diferencias, comparten también similitudes en sus historias de vida colectiva e individual. Se trata en este caso particular de jóvenes descendientes de la comunidad árabe y judía (Agar y Magendzo, 2009).

Esta experiencia ha sido un primer paso para dejar atrás estereotipos e incomprensiones, para generar un encuentro en torno a la diversidad,

tolerancia y respeto hacia las diferentes visiones. Y demostrar que, más allá de las legítimas diferencias, es posible generar un diálogo que permita dar ejemplos de convivencia en un mundo donde el reconocimiento social y el encuentro humano con el *Otro/a* son cada vez más urgentes y necesarios.

Es sin duda difícil poder expresar en palabras una experiencia de encuentro intergrupar, cargado de connotación histórica, emociones, vivencias personales y familiares. El éxito de esta experiencia ha radicado principalmente en los jóvenes participantes que con su amplia disposición fueron capaces de encontrarse con el *Otro/a*, así como en muchas ocasiones les permitió reencontrarse con su biografía, la de sus padres y su cultura ancestral.

Gracias a ellos esta experiencia dio sus frutos, tal vez mínimos, pero que tienen el mérito de mostrar que dialogar con un otro diferente en muchos aspectos, es también iniciar una comunicación con ese otro humano, con los mismos valores, temores, prejuicios y motivados por la promoción de una sociedad donde los grupos comunitarios son capaces de convivir y enriquecerse en su interacción cotidiana. (Agar y Magendzo, 2009).

Nos asiste la convicción más profunda que realizar estas experiencias de diálogo y difundirlas posibilita el ejercicio de los derechos y los deberes ciudadanos, al mismo tiempo que permite la consecución de una sociedad más cohesionada, contemplando a la diversidad cultural como un factor positivo de enriquecimiento espiritual y aporte al desarrollo.²

El contexto migratorio

La migración internacional es un fenómeno amplio y complejo que recorre los distintos ámbitos de la sociedad y que incluye aspectos económicos, políticos, jurídicos, espaciales, sociales y culturales, entre otros. La migración en tiempos de globalización exige ser razonada con nuevos bríos; esto implica analizar el fenómeno desde una perspectiva amplia, tratando de visualizar los diversos ámbitos de la sociedad y la estrecha relación con los procesos de desarrollo a escala mundial.

En este contexto se aprecia una tensión entre los inmigrantes y las sociedades receptoras, producto de la complejidad de las relaciones y normativas que se deben respetar para velar por la integración y el respeto por los derechos de los inmigrantes. La complejidad de las relaciones se refleja básicamente

en que las comunidades de inmigrantes, mediante sus actividades diarias, construyen y mantienen un conjunto de interacciones multidimensionales que vinculan a sus sociedades de origen con las receptoras. De esta forma crean campos de encuentro social que trascienden las fronteras nacionales. Esto cuestiona las bases conceptuales y prácticas del modelo que propende a la asimilación, que entiende al inmigrante como desconectado de su sociedad de origen. Dicho modelo ha sido implementado bajo el supuesto de que la autoridad se ejerce sobre una comunidad homogénea, que vive dentro de los límites del territorio, sin considerar que la inmigración es un generador de diversidad e interculturalidad más que un sujeto de asimilación.

La migración ha cumplido un rol de alta importancia en el desarrollo de los pueblos. Los inmigrantes son generalmente personas que han logrado sobresalir en su medio y logran traspasar cultura y conocimientos. Enriquecen sin lugar a dudas a las sociedades que los reciben. Por lo mismo las discusiones sobre “integración de los inmigrantes” y los derechos de las minorías se han convertido en temas fundamentales y recurrentes en la agenda de los países receptores.

Chile recibió durante el siglo XIX e inicios del siglo XXI un número relativamente bajo de inmigrantes externos, procedentes fundamentalmente de Europa y Asia. Por su ubicación geográfica y su carencia de impulso oficial sistemático para atraer inmigrantes extranjeros en forma masiva, Chile no fue un destino predilecto de los emigrantes, quienes veían el continente americano como un destino que les permitiría reiniciar sus vidas, salir de la pobreza agrícola, escapar de persecuciones y evitar la presión demográfica en ciernes, entre otros factores.

Con todo, el aporte histórico de los inmigrantes ha sido relevante para la formación social de Chile. Los extranjeros que llegaron desde los más variados rincones del planeta, han contribuido con energía a nuestro desarrollo y diversidad cultural (Agar, 2009a y 2009b y 2011).

Los nuevos flujos migratorios proceden ahora mayoritariamente desde países fronterizos y de América del Sur. Entre 2002 y 2013 la población total extranjera radicada en Chile se ha incrementado en un 204%. Los mayores aumentos se han producido en la población peruana y colombiana con un + 376% y + 229% respectivamente. Todo indica que estos números van a seguir aumentando. Para más detalles se presenta la siguiente tabla.

Evolución de Inmigrantes en Chile 1992 – 2013:
Países sudamericanos con mayor presencia migratoria en Chile

Año	1992	2002	2009	2013	2002 – 13
País de origen	N	N	N	N	Diferencia %
Argentina	34.415	50.448	60.597	68.109	+ 35,0
Bolivia	7.729	11.646	24.116	27.084	+132,6
Colombia	1.666	4.095	12.929	14.338	+ 350,1
Ecuador	2.267	9.393	19.089	21.468	+228,6
Perú	7.649	39.084	130.859	146.973	+376,0
Sub total países	53.726	114.669	247.590	277.972	+242,4
Total inmigrantes	114.597	195.320	354.344	398.300	+203,9

Fuente: Elaboración del autor sobre la base de: 1992 y 2002 Censos de población de Chile; 2009: Estimación DEM – INE; 2013: Estimación propia de los subtotales asumiendo la misma proporción por grupo de origen del año 2009, tomando como base el total en: International Migration, UN Department of Economic and Social Affairs. Population Division, 2013.

Chile, por su etapa avanzada en la transición demográfica (fecundidad bajo el nivel de reemplazo, alta esperanza de vida, sumado al envejecimiento poblacional), y por la estabilidad política y el crecimiento económico comparativa en el nivel regional, se está convirtiendo crecientemente en un país de atracción migratoria.

Estos nuevos flujos migratorios, sin duda marcarán un punto de inflexión en un Chile formado con una impronta identitaria marcada históricamente por la desvalorización de lo diferente; incluso por el olvido sistemático de nuestras raíces indígenas. Los nuevos inmigrantes, de todos los colores, ritmos y creencias, nos están obligando a repensar nuestra errada convicción de ser una nación monocultural hacia el reconocimiento de lo multicultural, tanto al interior de nuestras fronteras como de los aportes foráneos, y con una mirada basada en el diálogo entre las culturas. (Agar, 2011).

Uno de los temas que pueden surgir en Chile producto de la creciente inmigración externa, dice relación con un posible mayor grado de discriminación social acentuado en los grupos inmigrantes pertenecientes a comunidades étnicamente más resistidas. En este sentido, el prejuicio es mayor frente a inmigrantes ecuatorianos, peruanos y bolivianos, con rasgos físicos indígenas que, por ejemplo, respecto de inmigrantes argentinos con rasgos más europeos.

La migración se ha visto facilitada por la globalización, con la irrupción masiva de nuevas tecnologías, un transporte de menor costo y el intercambio de mayor envergadura de bienes y servicios. Por otro lado el desarrollo acelerado de las redes comunicacionales internacionales e interpersonales permiten movimientos más fluidos e incluso, un factor novedoso respecto de las migraciones de antaño, posibilitan a las personas seguir aferrados a su cultura originaria. En tal sentido, existe una mayor posibilidad de mantenerse ligado a sus lugares de origen sin dejar de participar en la nueva sociedad de acogida. Éstas, desorientadas, debaten sobre su destino cultural y demográfico el cual se entremezcla evidenciando cambios de sociedad de esquiiva anticipación.

La coexistencia de actitudes positivas y negativas frente a la integración cultural son los polos asociados con la trama migratoria. Si bien existe consenso teórico y evidencia empírica que la migración produce efectos positivos en los países de destino, el debate sobre las modalidades de adaptación social es recurrente en todos los países de alta inmigración.

Aprender de las diversas experiencias de comunicación entre personas y grupos humanos cuyo origen cultural es distinto es una de las bases del ejercicio ciudadano. A pesar de las limitaciones estructurales y normativas que establecen o imponen los países de acogida, no cabe duda, en los hechos, que la interacción intercultural es cada vez más profusa. Requiere además de un sistema con fortalecimiento de renovadas prácticas ciudadanas como eje de la soberanía y el respeto por la diversidad social y cultural comunitaria.

Diálogo intercultural

El hecho migratorio de hoy día presenta, entre otras cosas, el signo de los nuevos tiempos: la constancia de multiculturalidad; la necesidad de diálogo entre las culturas; la interacción de diversos grupos reunidos en tribus urbanas y una tensión creciente entre la presencia aún imprecisa en nuestras sociedades latinoamericanas de una identidad nacional, frente a una nueva impronta identitaria con referentes globales. (Agar, 2007). Al lado de la difusión progresiva de la racionalidad productiva moderna aparecen nuevos lenguajes, sensibilidades culturales y la vida íntima se expresan con su vitalidad afectiva. Como ha planteado recurrentemente en sus trabajos el sociólogo francés Michel Maffesoli, es la “socialidad” reflejo de las relaciones y los hechos sociales concretos, que se superpone sobre las “formas” y “contratos” sociales normalmente aceptados.

Nuestra sociedad globalizada presenta claras paradojas: por una parte, estamos más al corriente de prácticas y sentidos culturales diversos, y por otra, existe una presión social para compatibilizar conductas sociales, económicas e incluso políticas. En medio de esta constante polaridad la inmigración es el fenómeno social que coloca más claramente la tensión de esta situación. Y es en las grandes metrópolis, en donde ya vive un tercio de los habitantes de América Latina, donde este fenómeno alcanza su máxima expresión.

Las sociedades modernas, eminentemente urbanas, se caracterizan por una diversidad que hace difícil precisar los criterios de diferenciación. Son los puntos de encuentro o la mirada de una ética de mínimos mediante el diálogo intercultural, la que mejor podría acercarnos a una convivencia multicultural y, por qué no pensarlo, hacia nuevas formas transculturales de convivencia. El debate contemporáneo entre los polos liberales y comunitarios, se ubica entre quienes reivindican la identidad del individuo relativizando los contextos (son las culturas de contexto bajo según el antropólogo Edward Hall) y quienes ponen en el tejido cultural el principio de la identidad (culturas de contexto alto).³

En culturas de contexto alto, los individuos están profundamente involucrados unos con otros. Los mensajes simples con significación circulan libremente. Estas culturas pueden ser abrumadas por los sistemas mecánicos y pierden su integridad. Las culturas de contexto bajo en cambio son individualistas y fragmentadas. Los individuos están poco involucrados entre sí. En apariencia, pueden absorber y utilizar las extensiones mecánicas del hombre sin perder su integridad.

Desde el enfoque multicultural, el cual significa básicamente reconocer al *Otro/a* como un legítimo *Otro/a*, hasta el enfoque transcultural, que reconoce la formación de nuevas culturas a partir del mestizaje, aparece la interculturalidad con una dinámica propia y a su vez global. Por esto el diálogo intercultural es la primera aproximación al reconocimiento del *Otro/a* como un Ser y cultura distinta mas no menos válida. El diálogo intercultural es también una aproximación a la búsqueda de nuestras propias raíces, bajo el supuesto que re-conocer al *Otro/a* también permite identificar mi propio origen y encontrar los espacios de similitud y diferencia. La creatividad radica en darle a estos espacios un valor sinérgico e incluyente. Y esto con miras a un enriquecimiento intercultural, no solo en aspectos individuales sino también y muy fundamentalmente en aportes normativos globales que permitan llevar el respeto de las culturas a planos más estructurales.

as culturas de con-
alto la informa-
pre-programada
está en el receptor
el escenario, con
mación mínima en
mensaje transmitido.
na comunicación
ómica, rápida, efi-
/ satisfactoria; no
nte hay que dedi-
empo a la progra-
ón. Si no ha habido
ramación la comu-
ión es incompleta.
ilizan en ambientes
ticos, tiene gran
ad y cambian len-
nte. En culturas de
xto bajo, la mayor
de la información
en el mensaje trans-
do con el objeto
ompensar lo que
en el contexto.
esto evolucionan
damamente con las
siones modernas.

El diálogo intercultural, que presupone por cierto un reconocimiento de la multiculturalidad, deviene un imperativo ético. La igualdad de oportunidades y el derecho a la no discriminación y respeto por la diversidad en las formas de ser, sentir, producir y actuar han sido consagradas en un sinnúmero de tratados internacionales. A su vez, los deberes sociales y jurídicos de las minorías culturales han sido también tema de controversia en los países receptores de inmigrantes. Los derechos como los deberes de los distintos grupos culturales inmersos en una sociedad organizada son un desafío y una meta crucial para la consolidación de la democracia y el respeto por los derechos humanos. Sin duda que una plena integración social de los diversos grupos culturales, sean inmigrantes o descendientes de aquellos, enriquecen cultural y económicamente a las sociedades de acogida.

Como lo ha planteado desde el enfoque comprensivo Michel Maffesoli, ha cobrado importancia la reivindicación de la cotidianidad, de lo que tiene un inmediato acceso y opone al universal abstracto un universal situado. Se trata de la consolidación de los tejidos sociales, el contacto directo entre sujetos, la afectividad, el lenguaje propio, la interpretación como una vital competencia para estar en el mundo desde un espacio físico, que tenga sentido biográfico e histórico.

Siguiendo a Hoyos (2001, p.4-5), en el diálogo los sujetos se cercioran de la relatividad de sus opiniones y al mismo tiempo que, dando razones y motivos, desde su propia identidad, pueden establecer consensos y disensos. Previamente, señala, es necesario reconocer al *Otro/a* como diferente y como interlocutor válido.

Esto es posible gracias a la actitud que se funda en el pluralismo razonable frente a la multiculturalidad, principio moral irrenunciable para quienes buscan mínimos de convivencia enriquecidos y asegurados gracias a la diversidad cultural. Es así como la competencia discursiva de personas conscientes de su identidad moral, a partir del reconocimiento de la multiculturalidad, permite establecer las distinciones pertinentes para constituir aquellos mínimos en los que se basan la identidad social, la unidad institucional y el sujeto de derecho. Lo que desde una posición estrictamente epistémica parece imposible, es decir, la coexistencia de diversos absolutos culturales (religiosos, morales, filosóficos, políticos, ideológicos), puede tener una solución práctica. O sea, la del actuar comunicativo orientado hacia aquellos mínimos que sin ignorar los máximos, pueda motivar la interacción cultural, rescatando las fidelidades que en ellos se generan.

Como bien apunta Rodrigo, “la comunicación intercultural implica también una toma de conciencia de la propia cultura. En muchas ocasiones nuestras comunicaciones están llenas de valores que transmitimos, sin ser apenas conscientes de ello. La comunicación intercultural no sólo supone comunicarse con otras culturas, sino también hacer el esfuerzo de repensar la propia cultura”. (2004, p. 1).

Fornet-Betancourt señala que “la interculturalidad es una opción o apuesta que va más allá incluso que el multiculturalismo, porque superando el horizonte de la tolerancia de las diferencias culturales, propone el desarrollo de una práctica de la convivencia y del enriquecimiento mutuo como eje para generar tanto en un nivel teórico como práctico procesos de transformación cultural en las culturas en diálogo”. (2005, p.160).

Martín Hopenhay habla incluso de las “vibraciones transculturales”; es decir, la posibilidad de recrear perspectivas en el contacto con el “esencialmente *Otro*”. Que esta comunicación se torne accesible en un mundo donde la heterogeneidad de lenguas, ritos y órdenes simbólicas es cada vez más inmediata. Y recalca que la nueva aventura de mirarnos con los ojos del otro y entrar en esa otra mirada, nos hace ser otro respecto de uno mismo. La mirada queda liberada del prejuicio moral cuando viaja, una y otra vez, por tantas miradas. Dice: “en ese nuevo mestizaje, el sujeto busca fundir en un mismo acto la exploración antropológica y el vuelo existencial. La auto-experimentación encuentra en el viaje transcultural y en la combinación de estilos sus versiones más seductoras. De pronto, recrear perspectivas en el contacto con el ‘esencialmente *otro*’ se vuelve accesible en un mundo donde la heterogeneidad de lenguas, ritos y órdenes simbólicos es cada vez más inmediata”. (2000, p.3).

Las culturas y sus transformaciones lógicas y necesarias encuentran su sentido en la capacidad de comunicarse, entre sus miembros y también con nuevos miembros que se integran a su hábitat. La transformación cultural, siempre basada en el intercambio o choque entre grupos humanos diversos, las más de las veces es casi imperceptible para nuestra vida. Debemos estar muy alertas y conscientes para observar y adaptarnos a estos cambios. Las evidencias están allí, por ejemplo, donde cambian los lenguajes generacionales, los rituales de convivencia gregaria; donde valores vicarios que algunos respetan, para otros pierden todo sentido.

Una de las paradojas relevantes a nuestro juicio en la era de las comunicaciones dice relación con las nuevas posibilidades de desterritorializar la cultura. De esta forma, los grupos culturales comunitarios pueden permanecer, como lo señalábamos previamente, anclados a sus raíces, sin sentir la necesidad imperiosa de integrarse subjetivamente – o sea afectivamente – a la sociedad de acogida. Por lo tanto, la globalización de las comunicaciones, que en principio actuaban como vasos comunicantes entre culturas, en este caso también puede separar y producir vacíos de comunicación nunca antes vistos entre la población local y una comunidad particular, sean estos inmigrantes o descendientes de estos.

Es también una aproximación inicial a la búsqueda de nuestras propias raíces, como supuesto legítimo que re-conocer al otro también reafirma mi identidad. Y esto con miras a un enriquecimiento intercultural, no solo en aspectos individuales, sino también y muy fundamentalmente, en aportes normativos globales que permitan llevar el respeto de las culturas a planos más estructurales.

En el siguiente apartado expondremos una síntesis de la experiencia de diálogo entre los jóvenes descendientes de inmigrantes árabes y judíos en Chile. De esta forma mostraremos como en concreto es posible avanzar en materia de diálogo intercomunitario, como una forma de poner en evidencia que una metodología basada en el reconocimiento esencial del *Otro/a* como un sujeto con imbricaciones culturales complejas que, de alguna forma, dan paso a una mejor comprensión de su forma de pensar y ver la vida. Así adquiere mayor factibilidad el reconocimiento del *Otro/a* como un sujeto que debe respetarse, tolerarse y, sobre todo, con quien se puede y se debe dialogar para una mejor comprensión humana.

La experiencia del diálogo entre los jóvenes de origen árabe y judío⁴

Cuando hacemos referencia a los jóvenes de la comunidad árabe, estamos haciendo particular mención a descendientes, de tercera e incluso cuarta generación, de inmigrantes árabes cristianos procedentes de territorios otomanos de Oriente Medio. Este grupo poblacional ya se ha transmutado en una cultura propia, esencialmente chilena con una sensibilidad árabe. Es un nuevo fenotipo que reúne historia, cultura y estética. Une a Chile con lo árabe. Ellos se sienten parte de una comunidad chilena/árabe y por eso nos hemos permitido aglutinarlos bajo esta denominación.

⁴ En libro: Agar y gendzo (2009) se describe y analiza en forma extensa todo el proceso de diálogo.

El caso de los jóvenes de la comunidad judía es muy similar, se trata principalmente de descendientes, de tercera e incluso cuarta generación, de inmigrantes judíos provenientes de los países europeos y del norte de África. Este grupo comunitario ya se ha incorporado a Chile, conservando características y elementos propios de la identidad judía.

Múltiples grupos étnicos han llegado a Chile, fundamentalmente a partir de las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX. Entre ellos, pioneros inmigrantes árabes y judíos, cuyos descendientes forman hoy parte activa de la sociedad chilena. Desde la década de los noventa, el ímpetu migratorio ha retomado su curso, aunque ahora se trata de grupos humanos procedentes de países limítrofes o de la región de las Américas, como se ha evidenciado con anterioridad en este escrito. Por esto la sociedad chilena actual transita hacia la multiculturalidad, lo cual requiere un proceso de aprendizaje social por parte de todos sus miembros y, especialmente, las nuevas generaciones.

La integración de estos inmigrantes ha sido un proceso largo, y muchas veces, complejo. El escaso conocimiento del *Otro/a* lleva al surgimiento de prejuicios, estereotipos y percepciones erradas con respecto a quien prácticamente no conocemos. Aparece entonces la discriminación, relegando al otro a un espacio prácticamente de “invisibilidad social y cultural” o generando una suerte de “vidas paralelas”.

Ante este contexto, resulta esclarecedor analizar la integración de las comunidades árabe y judía en Chile, mediante la visión de los jóvenes descendientes. ¿Qué sabe cada grupo respecto del otro? ¿Qué posibilidades tienen de establecer un lazo entre sí?

En el Chile de hoy, resulta vital generar una construcción constante de vínculos entre distintos grupos culturales comunitarios que lo integran. La idea fuerza de esta iniciativa de diálogo entre jóvenes de ambas comunidades, ha sido generar una instancia de diálogo, como una primera experiencia en la formación de una sociedad más abierta, integradora y respetuosa de la diversidad. Asimismo, se espera aumentar los niveles de tolerancia, eliminando o aminorando los prejuicios que llevan a la discriminación y fortaleciendo su propia identidad como grupo. Ambas comunidades, más allá de sus diferencias, tienen historias de vida comunes que permiten dar ejemplos de convivencia y diálogo.

El trabajo de equipo y los encuentros de diálogo realizados durante el año 2007, lograron una comunicación entre ambos grupos, dejando atrás prejuicios, estereotipos e incomprensiones, para dar paso a un encuentro en torno a la diversidad, tolerancia y respeto hacia las visiones del otro y, por sobre todo, al intercambio de sus narrativas culturales, históricas y sociales. A través de esta actividad se ha conseguido formar a estos jóvenes, líderes de sus comunidades, con una visión de mundo más amplia y tolerante.

La integración social y el aporte cultural de los inmigrantes y descendientes en Chile, ha significado un inmenso aporte al desarrollo del país en sus más de 200 años de historia republicana. Con todo, los caminos de la inserción y visibilización cultural han sido complejos, y han tenido hasta hoy escaso reconocimiento en la formación de la sociedad chilena.

A la luz de esta realidad, los fundamentos de esta iniciativa consisten en avanzar en el diálogo entre las comunidades judía y árabe de raíz cristiana instaladas en Chile desde hace poco más de un siglo, con la mirada renovada de las nuevas generaciones. Se busca constituirse en un aporte en la erradicación de la intolerancia, la discriminación y los prejuicios, así como también reforzar el reconocimiento y respeto por la diversidad cultural y social.

Algunos de los temas revisados en los talleres fueron: sentido y necesidad del diálogo intercultural; el diálogo como método de comunicación y entendimiento intercultural; identidad personal versus identidad social; los orígenes, desafíos y oportunidades para promover el diálogo intercultural entre jóvenes de origen árabe y judío; el rol del facilitador; técnicas y métodos para facilitar el diálogo intercultural; dinámicas de grupo; charlas y trabajo en parejas.

Además de estos encuentros, se llevaron a cabo reuniones previas, además de la programación de una instancia social y cultural recreativa final, donde fueron los mismos jóvenes quienes propusieron su contenido según sus intereses. El propósito de las actividades fue lograr una comunicación entre ambos grupos, dejando atrás prejuicios, estereotipos e incomprensiones, para abrir caminos hacia un encuentro en torno a la diversidad, tolerancia y respeto hacia las visiones del otro y, por sobre todo, al intercambio de sus narrativas culturales, históricas y sociales.

A través de estas herramientas y vivencias, la experiencia de diálogo intercultural ha apostado a que estos jóvenes puedan convertirse en líderes de

sus comunidades con una visión de mundo más amplia, tolerante e integrada. La experiencia fue, en ambas circunstancias, una muestra práctica de las intervenciones y los aportes que se pueden lograr en este contexto.

Uno de los aspectos más relevantes es el impacto que se ha generado al interior de las comunidades árabe y judía. Se puede apreciar que en los jóvenes existe una mayor apertura hacia el otro, a explorar en lo desconocido, acompañado de cierta curiosidad, lo cual ha sido clave dado el efecto propagador que puede tener una iniciativa como ésta. A modo de interiorizar la experiencia se realizaron dos encuentros en el Colegio Árabe y el colegio Instituto Hebreo, a cargo del equipo coordinador y los jóvenes participantes. En ellos participaron tanto alumnos como profesores, y directivos de ambas instituciones.

Esta experiencia debió sortear, qué duda cabe, obstáculos y desafíos en su desarrollo, como la capacitación y conocimiento de la metodología de diálogo intercultural, comprender las diferencias entre diálogo, debate y discusión, y las lógicas que cada concepto conlleva. Además permitió incorporar nuevas competencias en los jóvenes de ambas comunidades, mediante los talleres de conocimiento de las propias raíces y del *Otro/a*, además de la apertura a la sensibilización por las subjetividades implicadas.

Entre los logros de la iniciativa podemos destacar un acercamiento personal y honesto entre jóvenes de las distintas comunidades, lo que nos reafirma empíricamente la necesidad y factibilidad de este tipo de diálogos. Asimismo, el hecho de haber puesto en práctica una metodología de diálogo comunitaria inédita para Chile, como una herramienta para el entendimiento y apertura hacia las diferentes experiencias de vida.

La idea fuerza en esta metodología de diálogo ha sido la de colocar la mirada cultural por sobre la ideológica. Es decir, se ha colocado como condición necesaria para producir un intercambio de opiniones o negociación, el conocimiento del *Otro/a* en sus aspectos biográficos, individuales y familiares, historias de vida, trayectorias migratorias y perspectivas subjetivas de los dramas ancestrales, entre otros aspectos. Éste se convirtió en un punto de partida para el intercambio de opiniones o negociación con el *Otro/a*. No se pretendía modificar posturas ideológicas, mas sí incorporar factores culturales en el conocimiento del *Otro/a* y de sí mismo, necesarios para un diálogo conducente.

Uno de las premisas del diálogo ha sido la necesidad de procesar la información, que los talleres conversacionales arrojaban, con una aproximación desde lo sensible y cotidiano a la luz de las distintas manifestaciones culturalmente propias a cada comunidad. Lo que se buscaba esencialmente en el diálogo, a diferencia del debate o la discusión, es lo siguiente: ampliar perspectivas más que la de presentar solo una idea o imponer una postura ética; descubrir significados compartidos, aunque eso signifique mostrar los desacuerdos pero sin la pretensión de convencer al otro; expresar las contradicciones y ambigüedades más que defender una opinión; mostrar puntos ambivalentes más que buscar que es correcto o equivocado; descubrir significados comunes más que buscar defectos lógicos; cuestionar las nociones preconcebidas propias y ajenas más que juzgar las otras perspectivas; explorar pensamientos y sentimientos más que negarlos o invalidarlos; escuchar para comprender más que para contradecir o encontrar defectos en los argumentos y finalmente articular las áreas de conflicto y las de diferencias. (Zuñiga, 2009).

La estructura del diálogo de los jóvenes de ambas comunidades consistió en un conjunto de etapas las cuales debía cumplirse en forma sucesiva. En síntesis estas fueron: la lectura de distintos documentos sobre migraciones, revistas y periódicos de ambas comunidades; la identificación de las relaciones, los conflictos y los líderes de ambas; conseguir los apoyos institucionales que avalaran el proyecto (en este caso colegio Instituto Hebrero y Colegio Árabe de Santiago); generación de distintas instancias para dar a conocer la idea del diálogo: grupos focales, entrevistas en profundidad, entrevistas con líderes de las comunidades, entre otros; reclutamiento de facilitadores de las comunidades y capacitación con el enfoque aprender-haciendo; sesiones de diálogo: actividades con los dialogantes y finalmente seguimiento y evaluación de las repercusiones del diálogo en el nivel personal e institucional.

Por otro lado podemos resumir los objetivos del diálogo de jóvenes en los siguientes puntos: reconocer al *Otro/a* como un legítimo *Otro/a*, aprendiendo a dialogar con él; superar estereotipos y prejuicios; generar una actitud de tolerancia y respeto; evitar la “invisibilización cultural”; crear las instancias donde se aprecien los puntos de unión entre las comunidades; reflexionar sobre los puntos conflictivos, su origen y posible aceptación – solución; imaginar planes de acción entre las comunidades para originar cambios en las relaciones habituales.

Adicionalmente es menester reconocer que este tipo de encuentros intercomunitarios logran la creación de liderazgos juveniles dentro de las

colectividades orientadas hacia la paz y la apertura hacia el otro, con valores tales como la tolerancia, respeto y empatía.

Como resultado se ha forjado la convicción que es necesario proyectar y profundizar en la metodología de diálogo y en su marco conceptual. De esta forma será posible proyectar este tipo de experiencias hacia otras comunidades culturales comunitarias. Ésta es una línea de trabajo muy importante en Chile hoy en día, considerando la existencia de nuevas comunidades de inmigrantes con presencia emergente, así como la visibilización, por ejemplo, de las culturas indígenas originarias.

Esta experiencia demuestra que sí es posible dialogar, respetando al Otro/a a partir del conocimiento biográfico y el acercamiento afectivo. Es, sobre la purificación del corazón que será posible avanzar, cuando sea necesario, hacia encuentros y acuerdos. En definitiva, creemos que concordar en otros niveles presupone re-conocerse, como nutriente de una sana y efectiva comunicación humana.

La realización de diálogos interculturales comunitarios ayuda a la integración y paz social. Conocer, reconocer y respetar al *Otro/a* en su diversidad reduce las posibilidades de restarle visibilidad y discriminarlo. La adecuada comprensión de la interacción cultural comunitaria es cada vez más necesaria en el contexto de un sistema democrático, con fortalecimiento de la ciudadanía y el irrestricto respeto a los derechos humanos, como eje de la soberanía cívica y la aceptación de la diversidad cultural.

Por ello, el pionero diálogo intercultural entre jóvenes de la comunidad árabe y judía en Chile ha sido una experiencia de naturaleza transformadora para quienes hemos participado de una u otra forma. En este sentido nos sentimos profundamente conmovidos y esperanzados por los alcances que pueda tener, tanto en el medio nacional como en otros países del mundo.

Palabras finales

Chile se encuentra en proceso de reconocimiento social de la multiculturalidad. Por lo mismo, es necesario avanzar con rapidez hacia mayores grados de comunicación entre las distintas culturas comunitarias. La experiencia que hemos sintetizado en este artículo es un buen ejemplo de este compromiso.

Es sabido que las sociedades modernas se caracterizan por una diversidad cultural que dificulta la elaboración de criterios de identificación. Es mediante el reconocimiento de bases mínimas que se podrá dialogar y encontrarse con el *Otro/a*, para una convivencia de respeto y nuevas fusiones de práctica cultural. Y el reconocimiento de los mínimos no implica el desconocimiento de máximos, que pueden ser de índole ideológica, política, religiosa, entre otros. Es precisamente allí donde la interacción cultural debe actuar con claridad plena. Es decir, respetar la fidelidad a los marcos referenciales individuales conjugándolos con aquellos aspectos que hace de la comunicación la riqueza y sentido del ser un humano, humano que se encuentra con *Otro/a* en un momento y espacio específico, pleno de emociones y sentido.

La experiencia de encuentro y diálogo entre los jóvenes descendientes de la comunidad árabe y judía con su evidente carga histórica, vivencias familiares migratorias y personales - en medio de las tensiones propias de la bi o tri culturalidad entre las distintas raíces y la sociedad donde se vive - ha sabido recoger la polaridad entre el universal abstracto y la experiencia de vida particular. El contacto con el *Otro/a* a corazón abierto, sin olvidar cada particular y compleja identidad histórica, permitió abrir las confianzas y dialogar sin renunciar a las convicciones, aunque comprendiendo que ese *Otro/a* también posee una visión propia derivada de sus condicionamientos biográficos. Conocerla y reconocerla ha sido un paso fundamental, y un logro evidente de esta experiencia de trabajo grupal comunitario. Siguiendo a Maturana (1996, xi - xiii), las culturas son redes de conversaciones y modos de convivencia humana. Y una cultura se transforma en otra cuando la red de conversaciones que le es propia se transforma. De esta manera, cuando comienza el respeto al *Otro/a*, en su entrelazamiento de lenguajes y emociones, comienza la legitimidad de ese *Otro/a*, y se acaba la aceptación de las ideologías que justifican su negación y legitiman su control. Con este respeto por ese *Otro/a* comienza también la muerte de las filosofías sociales y políticas, las cuales han pretendido imponer una verdad trascendente, intentando validar el sometimiento de unos seres humanos a otros bajo el argumento de que están equivocados.

La posibilidad de recrear nuevas perspectivas en el contacto con el *Otro/a* fue pues un resultado positivo innegable. La aventura de poder mirarse con los ojos de esa otra persona y entrar en esa otra mirada, posibilitó efectivamente la liberación de prejuicios morales. La opción metodológica, que instaló como base del diálogo el conocimiento del *Otro/a* en su intimidad cultural, permitió

generar puentes de encuentro, necesarios para el desarrollo fructífero de esta compleja experiencia de comunicación entre jóvenes de ambas comunidades.

En definitiva cuando pensemos en diálogo intercultural en tiempos globalizados y posmodernos debemos necesariamente preguntarnos sobre estos asuntos ya que las nuevas formas de identidad cultural, basadas claramente en una multiplicidad de encuentros culturales mestizos y cruces de nuevas formas sociales ligados a lo afectivo más que lo efectivo. En definitiva, la socialidad, en comunidades emocionales transitorias, se basa mucho más en lo plural que en lo singular. Surgen desde una visión que necesita cada vez más aperturas ideológicas y emocionales para recibir energías desde la diversidad y así poder cristalizar en una sociedad verdaderamente dispuesta a reconocer la heterogeneidad cultural en un ambiente de cohesión social. Este es, a nuestro juicio, el desafío para el Chile de los nuevos tiempos y el diálogo intergrupales para nosotros su método más adecuado.

BIBLIOGRAFÍA

AGAR, L. y MAGENDZO, A. (comp.) (2009) Diálogo intercultural: Comunidad árabe y judía en Chile. Santiago: Fundación Ideas.

AGAR, L. y MAGENDZO, A. (2009) Los jóvenes de la comunidad árabe y judía en Chile: Una experiencia fecunda de diálogo intercultural (9 – 14) En Agar, L. y Magendzo, A. (comp.) Diálogo intercultural: comunidad árabe y judía en Chile. Santiago: Fundación Ideas.

AGAR, L. (2011) Migrations internationales et diversité culturelle au Chili : Les défis de la postmodernité. Tesis de Doctorado. Universidad de París Descartes, Sorbonne.

AGAR, L. (2009a) El aporte de los árabes al desarrollo y la cultura en Chile. En libro: La contribución árabe a las identidades latinoamericanas. Madrid: Casa Árabe – IEAM.

AGAR, L. (2009b) Inmigrantes y descendientes de árabes en Chile: adaptación social. En libro: Los árabes en América Latina: Historia de una emigración. Madrid, España: Editorial Siglo XXI.

AGAR, L. (2007, septiembre) Inmigrantes en Chile: Un desafío para la Interculturalidad. Revista Novamerica, 115, 18 – 25. Río de Janeiro. www.revistanovamerica.org.br

AGAR, L. (2006) Árabes y judíos en Chile: Apuntes sobre la inmigración y la integración social (151 – 178). En Klich, I (comp.) Árabes y judíos en América Latina. Historia, representaciones y desafíos. Buenos Aires: Siglo XXI Editora Iberoamericana.

AGAR, L. (2005) Inmigrantes árabes en Chile, ¿Precursores del nomadismo posmoderno? (147 – 154). En Negrón, B (ed.) Diversidad cultural: El Valor de la diferencia. Consejo nacional de la cultura y las artes. Gobierno de Chile. Santiago: LOM Ediciones.

FORNET-BETANCOURT, R. (2005) Lo intercultural: El problema de su definición. <http://www.aulaintercultural.org/IMG/pdf/betancour.pdf>

HOYOS, G. (2001) Comunicación intercultural para democratizar la democracia. <http://www.crim.unam.mx/cultura/ponencias/ponen2faseindice/Hoyos.htm>

HOPENHAYN, M. (2007) Cohesión social: Una perspectiva en proceso de elaboración. En Sojo, a. y Uthoff, A. (Ed). Cohesión social en América Latina y el Caribe: Una revisión preentoria de sus dimensiones. CEPAL. Santiago, Chile: Naciones Unidas.

HOPENHAYN, M. (2000) Transculturalidad y diferencia: El lugar preciso es un lugar movedizo. Cinta de Moebio N°7. Revista de Epistemología de la Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Chile.

MATURANA, H. (1996) Prefacio (xi – xviii) En: Eisler, R. El cáliz y la espada: Nuestra historia y nuestro futuro. Santiago: Cuatro Vientos.

RODRIGO, M. (2004) La comunicación intercultural. Estudios Interculturales: Textos Básicos para el Forum 2004. <http://blues.uab.es/incom/2004/cas/rodcas5.html>.

SIMMEL, G. (2012) El extranjero. En El extranjero: Sociología del extraño. Madrid: Sequitur.

ZÚÑIGA, X. (2009). El diálogo intergrupar ¿Qué es y cómo se diseña? En Agar, L. y Magendzo, A. (comp.) Diálogo intercultural: Comunidad árabe y judía en Chile. Santiago: Fundación Ideas.